

**Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*
Buenos Aires, Siglo XXI, colección “Metamorfosis”, 2003, 430 páginas.**

Para quienes se interesan en los estudios históricos, literarios y culturales de nuestro continente, el libro de Claudia Gilman sobre la época de los sesenta / setenta en América Latina resulta una lectura ineludible. Nacido de una exhaustiva investigación, aporta un panorama amplio y riguroso del período de apogeo del latinoamericanismo y del “compromiso” en el subcontinente, sólidamente sostenido con datos relevados en las principales revistas político-culturales, en el epistolario y las intervenciones públicas de los protagonistas de la escena cultural, cuando se extendía en todo el mundo la convicción de que una transformación radical ya estaba en curso.

La ardua tarea de relevamiento documental exitosamente acometida por Gilman, tarea tan enriquecedora como sorprendente —conocidos los desafortunados avatares padecidos por la mayoría de las hemerotecas y bibliotecas del Tercer Mundo—, le permite reconstruir con consistencia una “época”, entendida como espesor de hechos y percepciones de mundo, una “estructura de sentimientos” —en términos de Raymond Williams—, que resultó el “canto del cisne de la cultura letrada en América Latina”. Así desarrolla una serie de recorridos críticos en los ocho capítulos que componen este estudio. Entre ellos destacamos la postulación de los catorce “años prodigiosos” como una “época” (desde la entrada victoriosa a La Habana del ejército revolucionario liderado por Fidel Castro en 1959 hasta el derrocamiento de Salvador Allende en 1973), el protagonismo de los intelectuales en la agenda cultural y la constitución de un campo o “partido intelectual”, los dilemas del “compromiso” de los “intelectuales progresistas” (expresión casi tautológica en los sesenta) ante las posiciones antiintelectualistas de alcance mundial, la formación de la gran “familia intelectual latinoamericana”, la ruptura posterior de esos “lazos familiares” precipitada por el “caso Padilla” y las diferentes alternativas frente a ese hecho, que incorporó en la agenda la cuestión de la libertad de creación y del lugar de los escritores en el proceso revolucionario. En el último capítulo, aborda las políticas y poéticas de los géneros, vinculando la perspectiva de la historia intelectual que orientó el análisis en los capítulos anteriores con una historia de la práctica y la interpretación de los géneros literarios en la época estudiada, y buscando medir la influencia de la creciente politización del campo intelectual en los valores estéticos e ideológicos de los diferentes géneros involucrados.

Indudablemente, la bien dosificada erudición y el rastreo exhaustivo y ambicioso, realizado en numerosas bibliotecas y archivos latinoamericanos, sostienen con acierto la más amplia indagación sobre ese momento histórico crucial del pensamiento intelectual de izquierda en Latinoamérica, de la relación entre política y literatura, para lo cual resulta insoslayable el análisis de la figura del “intelectual” y los debates y posicionamientos que la cuestión del compromiso con la “liberación de sus pueblos” inspiró entre los escritores. Asimismo, la cuidada arqueología del fervor revolucionario y latinoamericanista que impregnó esos años, le permite a Gilman explicar con lucidez crítica y claridad conceptual las consecuencias surgidas de una crisis de legitimidad política e ideológica que, en ciertos aspectos, se asemeja a la actual.

Desde la introducción hasta el capítulo final, el libro aporta un conjunto enriquecedor de conceptos debidamente contextualizados (asociados a las nociones de “intelectual”, “cultura del discurso crítico”, “literatura”, “compromiso”, “nuevo realismo”, “vanguardia”, entre otros) que favorecen la revisión, desde una crítica renovada y polémica, de un período ya transitado desde otros enfoques. Inscripta en la línea de otros trabajos previos de intelectuales “críticos” de los sesenta (Beatriz Sarlo, José Aricó, Silvia Sigal y Oscar Terán), la visión crítica de Gilman reconoce un factor decisivo en esa etapa: el carácter supranacional de las formaciones intelectuales, que la obliga a dotar de alcance continental a su estudio y ubicarlo en un marco internacional. *Entre la pluma y el fusil* abre así nuevos espacios de comprensión para la literatura y el pensamiento del período, logrando relacionar objetos tan disímiles como textos literarios, manifiestos, declaraciones, revistas, textos críticos y teóricos, cartas, escritos públicos y privados, ideas políticas, experiencias, expectativas y actores sociales, y articulando categorías y perspectivas diversas para abordar un tiempo que se presenta bajo el signo de lo inaugural, no cristalizado.

Gilman cartografía una época singularísima y heterogénea, distinguida por la existencia de creencias y discursos marcados por hechos y procesos históricos tales como la revolución cubana, la descolonización africana, la guerra de Vietnam, la rebelión antirracista en los Estados Unidos, y la rebelión juvenil, focalizando debates, tensiones y conflictos no siempre negociables que movilizaron en

esos años básicamente a los intelectuales escritores latinoamericanos. La conversión del escritor en intelectual dominó el campo literario, sometido a las políticas de cooptación de los EEUU, y las discusiones sobre la función del arte y los intelectuales en la sociedad estuvieron atravesadas por la política, fundadora y legitimadora de las prácticas intelectuales. La autora reconstruye con minuciosidad la transformación social de la noción de “intelectual progresista” y su descalificación por la emergencia de otro clivaje, donde la palabra “intelectual” y el adjetivo “revolucionario” parecieron incompatibles, en una fórmula que fue ganando terreno a medida que la lucha armada era presentada como el único camino para la revolución, lo que estrechó el margen para otro tipo de prácticas.

Al historizar la “época”, la periodiza en dos etapas. La primera etapa alberga la euforia de la posibilidad de unir la vanguardia estética y la vanguardia política y de conjugar aspiraciones revolucionarias y experimentales. Los intelectuales se sentían capaces de despertar la conciencia revolucionaria, con tareas pendientes en el campo de la cultura y un papel importante en la política, hasta el punto de pensarse legítimos actores de la revolución, apoyados en la idea del Che Guevara de que las condiciones necesarias para el advenimiento de una revolución podían ser despertadas por una vanguardia revolucionaria. Creían en la posibilidad de transformar sus propios campos y de “crear” América Latina como realidad política y cultural. Su eficaz agrupamiento en la vasta red de revistas, un modo distintivo de la época y del subcontinente, lo testimonia, así como su prolífica producción literaria y la consagración de la literatura de un numeroso grupo de escritores latinoamericanos en el mercado mundial, a partir de *Cien años de soledad* (1967), cuando cobra visibilidad el frente intelectual, con centro en La Habana. Gilman lo documenta revisando intervenciones y polémicas registradas en las revistas más importantes del período, como *Casa de las Américas*, *Marcha* o *Siempre!*, u otras de diferentes momentos como *El Corno Emplumado*, *La Rosa Blindada*, *El Escarabajo de Oro*, *Amaru*, *Bohemia*, *Mundo Nuevo* o *Libre*. Empeñados en intervenir en las cuestiones públicas, esos escritores se autodefinieron allí sobre todo como intelectuales (para la época: “progresistas” y “de izquierda”) y como agentes de cambio social, tras las huellas paradigmáticas de Gramsci y Sartre.

En la segunda etapa, desde 1966, la discusión se centró en la función del intelectual como problema. Con el antiintelectualismo creciente, la cultura desapareció del horizonte de la política junto con las opciones conciliatorias. Prevalió la revolución. El debate de 1968 desmembró la comunidad intelectual; tras las divisiones surgidas de la identificación de Cuba como patria del antiintelectualismo, acatando la directiva “revolucionaria”, la tensión se hizo irresoluble. Finalmente, el discurso de Fidel Castro, en 1971, decretó la imposibilidad de conciliar una agenda cultural con una agenda política y atacó a los intelectuales que preferían los salones burgueses a las trincheras. Se cuestionó la noción de “compromiso”, que hasta 1966-68 había reunido las figuras del escritor, el militante y el crítico. Ante la radicalización de la lucha política, en una situación donde “política” y “revolución” eran semánticamente coincidentes, se declaró una verdadera “guerra cultural”: los escritores con compromiso político se enfrentaron a la difícil disyuntiva de optar por la intervención cultural (ideal de autonomía crítica) o la eficacia política directa e inmediata (revolucionario subordinado a la dirigencia política), emblemáticas en la imagen de las dos “máquinas en conflicto” (la del escritor y la del combatiente) que da título al volumen. Las prácticas específicas de los intelectuales se habían tornado ineficaces ante esa situación. Por otra parte, en esta etapa el mercado jugó un papel fundamental al instalar su propia lógica lucrativa entre autores y lectores.

El volumen concluye con un planteo abierto: el propósito del estudio no acaba en el esclarecimiento de la relación entre literatura y sociedad o cultura y política, sino que pretende ir más allá, para contribuir a la comprensión de ciertos restos, expectativas y desilusiones que llegan hasta nuestros días. Pese a no haber pertenecido a la generación que presenció los procesos y acontecimientos estudiados, pero habiendo experimentado las nostalgias y desencantos de quienes los protagonizaron, y consciente del trágico destino político común de nuestros países, encarnado en una sucesión de golpes de Estado, la autora cierra su trabajo con una reflexión sobre el abandono del ideal asociativo al que se vieron forzados los intelectuales constructores del latinoamericanismo de la época, y se pregunta si el futuro no les reservará un nuevo “toque de reunión”, como lo denomina Bauman. Las cuestiones que quedan planteadas sin resolver, como la vitalidad de las aspiraciones éticas y políticas de los intelectuales ya institucionalizados, confirman el interés y la utilidad de esta investigación, en muchos aspectos memorable, “sobre un pasado inmediato y definitivamente clausurado pero todavía recordable”, que encierra tal vez un proyecto incumplido, pero aún vigente.